

UNA CRITICA A LOS IDEALES PEDAGOGICOS DEL 80:
EL PENSAMIENTO DE JUAN AGUSTIN GARCIA

por Angel Castellan

I

En nuestros días, a fuerza de reiterar lugares comunes, la generación del 80 —casi un mito— fue vista como rectora del futuro argentino. Esto supone dejar de lado una verificación: todo lo que nuestro siglo XIX tuvo de novedoso y original no puede prescindir de los hombres del 37. A partir de ellos, casi metodológicamente, comenzamos a desconfiar de todo lo que éramos como resultado de la historia. Más allá del modo de ser español, que constituyó en relación con la tierra una cultura y una idiosincrasia, se empeñaron en enseñarnos nuevos caminos que iban a desembocar, según entendían, en la gran avenida del progreso universal. Quizá porque era su hora histórica o porque aparecía como alternativa válida frente al deshaucio de lo español, Francia fue desalojando la herencia con la que se había amasado la Argentina criolla. Con todo, quizá porque los movimientos de la historia eran todavía lentos, los cambios —que no pueden prescindir de una cierta interrelación dialéctica entre pasado y presente— se dieron con cierta parsimonia. Por eso, los primeros actos que intentaban aventar los residuos del pasado se cumplieron en el seno de una tradición, y esto podía comprenderse, porque la Europa renovada que llegaba para asediar las riberas del Plata —en sustancia del romanticismo francés— aún no había renegado de sus viejos entendimientos culturales. Así, cambiar a España por Francia, en el fondo, no había sido más que desplazar la rutina y el esclerosamiento en be-

neficio de una savia nueva que recorría airosa las arterias aún jóvenes de una Europa que no renunciaba a cambiar. Advenía —dato obvio— un más rico sentimiento de la cultura, que traía consigo, al mismo tiempo, una más aguda sensibilidad social. En síntesis: vistas las transformaciones en curso, partir de una mirada más atenta que vivificara el entendimiento común procedente de la tradición pedagógica del Humanismo.

Fue por eso, quizá, que no se advirtió que la siguiente experiencia intelectual europea fue un intento que no logró prosperar, en propia sede, más allá del ensayo de sus posibilidades. La vigencia de Francia, presente desde la generación del 37, podría sernos en este caso adversa; tanto más, como apuntaba Juan Agustín García, si se tenía en cuenta esa inclinación por las actitudes empíricas que parecía ser patrimonio de la comunidad formada a orillas del Plata. Por primera vez —y con largas consecuencias que habría que dilucidar— se daba entre nosotros la interferencia de una escuela filosófica que no necesitaba de mayores aclaraciones. El Positivismo, provisorio en Europa, encontraría aquí su “humus” natural; por lo menos, en la medida que sus principios parecían coincidir con las tendencias psicológicas de nuestra sociedad. Lo que antes había sido una ilustración a contrapelo, aceptada por las ambiciones de cultura, venía ahora a insertarse en un medio social preparado para recibirla. Así, en el Litoral argentino, pacíficamente, el Positivismo se convertía en un lugar común, sin duda favorecido por una idiosincrasia que parecía reclamarlo como propio. Todo lo tangible, todo lo exigido por las urgencias del progreso: a lo siglo XIX, aparecía como una tabla de salvación, como el necesario estatuto de una voluntad civilizadora. Por eso la coincidencia entre lo universal y lo particular, nunca como en esa instancia pudo expresar el rasgo más peculiar de la generación del 80, confirmándose con ella una actitud que ya no se resignaba a dejar de lado la seducción de lo extraño, equiparable, desde el 37, con las precisas y adecuadas propuestas de la civilización.

Si bien se recuerda, no es soslayable una cierta admiración por la ciencia y sus efectos prácticos en Alberdi y Sarmiento. Para el caso, Inglaterra y los Estados Unidos parecían resumir la cuestión: la primera, a través de la magia del libre cambio; la segun-

da, a raíz de esa pujanza transformadora que parecía, a través de un programa tanto económico como moral, proponer una invitación permanente a ir siempre más allá. Sin embargo, sin que esto implique excusa alguna, ambos —más allá de aciertos y errores— estaban en el continuo empeño de elevar antes que pudieran captar la dirección eficiente por la que marchaba el mundo.

Al respecto, la generación del 80 exhibe una cierta resignación. Como si poseyera el secreto de las digestiones fisiológicamente correctas, se pliega al libre cambio de los bienes y las ideas; además, trae consigo el pecado secreto del plagio. Como todo había sido dicho entre el 37 y el 53, a falta de ideas, ya sugeridas o expuestas, le toca en suerte organizar. Por eso, anunciando sus méritos por orden de aparición, ocupa el Desierto, capitaliza a Buenos Aires, promueve la ley 1420, estatuye el matrimonio civil, y adelanta —casi gozosa de sus resultados— el argumento de la “Oda a los ganados y las mieses”. Así como Rubén Darío, que no tenía por qué estar al tanto de pormoneros, los acompañará luego con el “Canto a la Argentina”. En síntesis, esa generación —como se dice en términos populares— “había tocado el cielo con las manos”. Sin embargo, algo había quedado atrás. Entre otras cosas, el desalojo de un espíritu, el confiar excesivamente en las virtudes de lo práctico, como ignorando que no hay gestos ni acciones que puedan prescindir de una teoría. En este contexto, en el que podía discernirse una segura confianza con algo de inconsciencia, viene a interferir la meditación de Juan Agustín García.

II

Lo que vamos a examinar no deja de ser ilustrativo: lo mejor de su obra, entre histórica, jurídica, sociológica y literaria, aunque exhibe la energía particular de quien procede firme en sus convicciones, no exime el acogimiento de algunos testimonios que pueden recogerse entre los propios protagonistas de la euforia del 80. Estamos pensando en *La gran aldea*, en *Sin rumbo*, en *La bolsa*. Aquí como en Europa —antentas las verificaciones historio-

gráficas del presente siglo— la literatura se reveló como una fuente preciosa para penetrar en los entresijos de la historia social. Es que, aunque parezca ignorarse, cada interrogante del historiador exige sus propias fuentes; y con ellas, una organización metodológica de los materiales sugeridos y suscitados por la pregunta inicial y sus implicaciones.

Lo que viene a plantearse, si se trata de entender las motivaciones psicológicas de la generación del 80 —como las de toda otra generación que pueda interesar —es la necesidad de internarnos en las características de la sociedad sobre la que opera el historiador. El talento de creación, cualquiera sea en su fuerza e imaginación, no puede prescindir de ciertos datos previos. El fingirlo no ayuda a la inteligencia de las situaciones.

Si mencionamos antes los que pueden ser testimonios activos para la comprensión del pensamiento de Juan Agustín García, no fue por mero amor de antecedentes. Nos parecen útiles porque vienen a dar cuenta de un estado social al que ninguna generación, por aguda y eficiente que sea, alcanza a modificar. Es más, el talento creador de una generación encuentra su límite natural en las posibilidades e impotencias que adelanta su sociedad: qué es en su contextura, qué ideales de vida se propone, qué sentido tiene de las relaciones sociales, cuál es su aprecio por determinadas profesiones u oficios, cómo concibe la jerarquía social, cuál es, en fin, su visión del mundo, su cosmovisión. Todavía, porque esto ha de tenerse en cuenta, qué fuerza posee para modificar o no lo recibido de la historia antecedente. Y esto nos remite —quizá como problema accesorio, pero de singular importancia— a un interrogante sobre la capacidad transformadora de las “elites”. Lo cual, a su vez, exige preguntarse por las variadas acepciones implicadas en el concepto de “pueblo”. En este caso, desde la generación del 37 —la única verdaderamente original, cualquiera sea el juicio que se emita sobre ella— el “pueblo” se identifica con la opinión ilustrada; es decir, poco tiene que ver con el registro demográfico. En este aspecto la generación del 80 procede libremente, en base a un concepto ya estatuido y aceptado. Todo su operar, entre político, militar y sociológico, parte de ese supuesto.

Según se dice, esa "Argentina aluvial", de la que habló José Luis Romero, exigía una legislación congruente. Lo que no se dice, porque hubiera creado problemas a la voluntad innovadora de la "elite", nutrida en fuertes y explícitas motivaciones ideológicas, es que el grueso de la inmigración no tenía problema alguno con la tradición espiritual del país. O debemos suponer —es casi una sospecha— que doscientos ingleses tenían más importancia que un millón de italianos y españoles? Es un caso interesante para el análisis historiográfico. Lo alegado con variados argumentos, que pueden resumirse en los discursos de Eduardo Wilde y Aristóbulo del Valle, nos está diciendo que las necesidades reales de la sociedad que adviene como resultado de la inmigración son las que menos cuentan. No obstante, son una excusa válida para los propósitos ideológicos de la "elite", que decide por ella. Para verificarlo, no hay más que leer atentamente las intervenciones parlamentarias.

Hacer un país nuevo de acuerdo con los ideales del 37 y del 53, respecto de los cuales la mentada generación del 80 cumple la función del papagayo, implicó, en principio, no responder a las exigencias del "populus" que se adelantó a interpretar sin consultarlo. ¿Será por eso que en el tránsito posterior —pensamos en 1916, en 1946— toda vez que el "populus" puede decidir no coincide con los que se proclamaron sus intérpretes? ¿No será que el 80, heredero sin sutilezas del 37 y del 53, se olvidó del argumento original? Es decir, ¿no será que educando en el hedonismo abrió paso a meras expectativas materiales, a una búsqueda sin condiciones del éxito? Toda sociedad —y es casi un lugar común— se mira en el espejo de su clase dirigente. Cuando esta confunde progreso con cantidad de bienes acumulados, cuando descuida la formación moral de los que observan, proponiéndoles metas secundarias, ¿es de extrañar que aprendan la lección?

III

Como la obra crítica de Juan Agustín García opera con los resultados visibles que pueden reconocerse en las dos primeras dé-

cadadas del presente siglo, no dejan de tener interés algunas reflexiones contemporáneas, así como los reflejos de la argumentación tejida, por ambas partes, en las grandes polémicas de medios y fines del 80. Si bien se entiende, no estaba en juego la voluntad de progreso; el diferendo se planteaba —aunque no todos lo advirtieran— en torno al sentido y dirección que debía asumir.

La gran aldea, escrita en 1882, aporta un cuadro preciso y revelador. Describe, casi con saña, el estado de una sociedad sumergida en la rutina, llena de prejuicios que se apoyaban en creencias inveteradas, extremadamente susceptible frente a toda oferta de novedad:

“En el partido de mi tía, es necesario decirlo para ser justo, y sobre todo para ser exacto. figuraba la mayor parte de la burguesía porteña; las familias decentes y pudientes; los apellidos tradicionales, esa especie de nobleza bonaerense pasablemente beótica, sana, iletrada, muda, orgullosa, aburrida, localista, honorable, rica y gorda: ese partido tenía una razón social y política de existencia; nacido a la vida al caer Rozas, dominado y sujeto a su solio durante veinte años, había, sin quererlo, absorbido los vicios de la época, y con las grandes entusiastas ideas de libertad, había roto las cadenas sin romper sus tradiciones hereditarias. No transformó la fisonomía moral de sus hijos; los hizo estancieros y tenderos en 1850. Miró a la universidad con huraña desconfianza, y al talento aventurero de los hombres nuevos pobres, como un peligro de su existencia; creó y formó sus familias en un hogar lujoso con todas las pretensiones inconscientes a la gran vida, a la elegancia, y al tono; pero sin quererlo, sin poderlo evitar, sin sentirlo, conservó su fisonomía histórica, que era honorable y virtuosa, pero rutinaria y opaca. Necesitó su hombre y lo encontró: la inspiró sus defectos y lo dotó con sus méritos”.

Como para confirmar el cuadro dentro de una perspectiva complementaria, en alguna página vecina apunta:

“La juventud del día no tiene talentos prácticos; ¿cómo quieren ustedes que los tenga? Le da por la historia y por estudiar el derecho constitucional y la economía política en libros! Forman bibliotecas enormes y se indigestan la inteligencia con una erudición inútil que mata en ellos to-

da la espontaneidad del talento y la inventiva. Si, señores, los libros no sirven para nada! Ustedes me ven a mi... Yo no he necesitado jamás libros para saber lo que se. (...) El buen sentido, esa basta! Sí, señores, el buen sentido basta! (1)

En *Sin rumbo*, de 1885, el análisis parece pasar por una experiencia personal. Se elige un ejemplo que puede servir de indicador para expresar la atmósfera de abulia, la falta de metas precisas, el desencanto y la negación que afectan a la sociedad:

“Sí, señores, lo digo sin vueltas ni rodeos, con la franqueza brutal de un pecho republicano: la inercia nos mata, nos consume, es necesario que la iniciativa individual, esa iniciativa progresista y salvadora, se haga sentir de una vez si queremos llegar a ser grandes y a que se nos trate con respeto, si anhelamos realizar en nuestra esfera el gran programa del “self government”, merced al cual las naves de la orgullosa Albión surcan hoy con sus aceradas proas los mares de polo a polo”.(2)

La bolsa es de 1891. La gradación cronológica que adaptamos no es casual. Tratamos de discernir, en los tres testimonios, no sólo la permanencia de un clima social sino también su posible degradación. De algún modo, en Julián Martel se insinúan las notas del despegue y sus consecuencias. La sociedad mediocre que surge de los dos relatos anteriores parece aquí emprender el vuelo. Como acontece con los advenedizos, se lanza a la aventura sin querer saber lo que tiene detrás:

“—Ni tú ni nadie. Si es una Jauja, un Eldorado, un... qué se yo! Quién es el que no está hoy rico, si basta salir a la calle y caminar dos cuadras para que se le ofrezcan a uno mil negocios pingües? La pobreza es un mito, un verdadero mito entre nosotros. Por eso los ingleses que tan buen ojo tienen para descubrir filones, están trayendo sus capitales con una confianza que nos honra. Los que me inspiran recelo son los judíos, que empiezan a invadirnos sor-

(1) LOPEZ, L. V.: *La gran aldea*, Bs. As., Jackson, s/f., págs. 35-36-38.

(2) CAMBACERES, E.: *Sin rumbo*, Bs. As., Jackson, 1947, pág. 30

damente, y que si nos descuidamos acabarán por monopolizarlo todo. (...)

El hecho es que el país se va a las nubes. Nuestra tierra es riquísima, goza de ilimitado crédito, se trabaja en ella; en fin, lo dicho, esto se va a las nubes".(3)

Y con esto entramos en el corazón del argumento porque, de algún modo, el autor de *La bolsa* ya está reflejando —aunque más no sea por extrema síntesis— el clima moral sobre el que operó la meditación de nuestro autor.

En principio, este análisis que se nutre en un definido amor por la tierra no se detiene en aspectos o facetas determinadas, abarca la totalidad del espectro social. En cuanto sociólogo, se empeña en poner en evidencia la sustancia y originalidad de los problemas que expone la sociedad argentina, dejando de lado la boba admiración por los fenómenos registrados en sede extraña. En cuanto ensayista preocupado por el desnudamiento de nuestros límites morales, señala la ingenuidad de un proceso educativo que se olvidó del pasado sin proponer reemplazos válidos. En cuanto hombre de letras, utiliza el relato como un recurso de aproximación, moviliza —a través de situaciones y personajes aparentemente imaginados— las inclinaciones del medio social. En cuanto historiador, se interroga acerca de la remota procedencia, de las raíces últimas que permiten describir e interpretar ese perfil psicológico de la sociedad argentina que se fue amasando a lo largo del tiempo. Para lo que aquí interesa, estamos ante una sola e idéntica reflexión que se expresa a través de carriles diversos.

IV

Por lo que se dijo, reconstruir la crítica de Juan Agustín García a los ideales pedagógicos del 80 y sus consecuencias, implica examinar toda su obra. Si bien algunos estudios son más explícitos que otros, no es extraño encontrar, aquí y allá, como girones dis-

(3) MARTEL, J.: *La bolsa*, Bs. As., Jackson, s/f., págs. 19-20.

persos de una misma tela, expresiones en las que vienen a plantearse el destino de la cultura argentina contemporánea.

Nuestro autor, aunque solicitado por intereses diversos, aunque se expresa a través de variados argumentos, es fundamentalmente historiador. Y lo es porque no hay ningún trabajo suyo que no aparezca animado por el deseo de comprender la situación socio-moral de su tiempo; porque, cada vez que se propone entender las características de un fenómeno social, sea político, económico, cultural o espiritual, rastrea su lejana formación en los archivos del pasado, en sus remotos orígenes. Cada examen particular, en rigor, no es más que un pretexto para comprender el todo de la comunidad argentina por medio de sus distintas manifestaciones. En nadie como en él —por lo menos en nuestro medio— se ilustra el principio crociano de que toda verdadera historia es historia contemporánea. Por eso, su primer empeño orgánico versó sobre el imperativo de afirmar la originalidad de nuestros fenómenos sociales.

Ese menester de extranjería que comienza a practicarse en la generación del 37, paliado en parte por la lucidez de Alberdi, pero exacerbado por el credo optimista del 80, encuentra en él su moderación. Por primera vez —y de ahí su decisiva influencia en algunos hombres de la llamada por él “nueva escuela histórica”, en especial Ricardo Levene— la sociedad argentina y su raigambre histórica aparecen como objeto digno de consideración. El olvidado programa de una historia social, de las ideas, los sentimientos, las mentalidades, estaba todo entero en él, mucho antes que fueran a buscarlos los que no le conocían, en la consabida Francia. Nace así su primera crítica al deslumbramiento que padece la generación del 80 que, como sus prestigiosas antecesoras del 37 y del 53, creyó que la solución de los problemas locales descansaba en la adopción de modelos europeos.

En ese ejercicio de asimilar modas, que se fue perfeccionando con el tiempo y la reiteración, dejó de advertirse en cada oportunidad el límite de lo compatible, así como también el carácter permanente o limitado del ensayo europeo. Como cabe a un historiador que no desdeña la vocación sociológica, a Juan Agustín Gar-

cía le interesan, tanto como el gestarse de una psicología y la idiosincrasia que genera, sus visibles consecuencias. Si esto viene a cuenta, más allá de los efectos que pudieran reconocerse en las dos primeras décadas del presente siglo, es por su manifiesta influencia posterior.

Aunque pareció escapar a su precisa atención —por lo menos en cuanto no le dedicó un estudio orgánico— aquí y allá puede reconocerse algún atisbo de esa particular simbiosis entre espíritu de la tierra e impacto inmigratorio. Lo que sí discernió agudamente, y pudo ser este un modo de atenuar la limitación, fue el triunfo del espíritu utilitario implícito en el credo del 80, presente, además, en el cuadro de sus intereses pedagógicos. No de otro modo puede explicarse su insistencia en escribir: “desde hace cuarenta años...”⁽⁴⁾. Atenta la fecha de *Sobre nuestra incultura*, el lapso indicado nos remite, sin duda alguna, a 1880.

De acuerdo con lo que nos dice:

“Esa generación del 80 (...) fue un poco víctima de la ciencia materialista y pedantesca, que marchitó muchas hojas buenas de las almas de veinte años. Spencer, Haeckel, Lombroso y sus discípulos entraron triunfalmente en nuestra mentalidad; algo contrapesados por Renan, Maculay, Buckle y los poetas y novelistas que fueron nuestros compañeros íntimos en esos dulces años de la vida. Qué tiempos! Bain, los análisis de Ribot, Taine, en su faz menos simpática, arrebatában las inteligencias. Esas negociaciones del espíritu, de la voluntad libre, del alma; el determinismo impecable de la mecánica! El pensar y el sentir, la literatura, la filosofía, la abnegación, el heroísmo, el arte, el entusiasmo... eran simples residuos fisiológicos!”⁽⁵⁾

Como para que nadie dude, sin dejar de lado que sobre estos aspectos insistió hasta el cansancio, señala la inspiración añeja y el momento en que decae:

“Los orígenes de este proceso de desgracia, vienen desde muy lejos; de aquella época en que se abandonó el plan de estu-

(4) GARCÍA, J. A.: *Obras Completas*, Bs. As., Editorial Claridad, 1955, II, págs. 972-75-79-88-91; 1022-23-84.

(5) *Ibid.*, pág. 970.

dios de Jacques, para sustituirlo por la enseñanza moderna, sin esperar a que se realizara la experiencia en países más hechos. Con argumentos que todavía se oyen, se desalojó a la historia y la literatura clásicas; el castellano se transformó en idioma nacional; se descuida el respeto de la forma, sin darse cuenta que el pensar justo y exacto está en relación íntima, es una sola cosa, con el hablar claro y correcto”.⁽⁶⁾

Como por contraste, la inteligencia argentina impensable sin el aderezo de una fina sensibilidad, se expresaba en los dos López, Cané, Sarmiento, Echeverría, Alberdi, Avellaneda, Estrada, Ramos Mejía, Goyena, del Valle. Eran hombres que encarnaban, simbolizan el alma criolla con todos sus nobles y bellas aspiraciones e ideales.⁽⁷⁾

A partir de ahí, y sus referencias no permiten dudas, se equivocó el camino. Abandonados los ideales de la formación clásica —entre nosotros el pasado que puso en términos de presente el plan de Jacques— los textos de Spencer se adueñaron del campo; quizá porque, de algún modo, venían a coincidir con las más recónditas entretelas del alma argentina:

“Nos gustan las ideas generales cuando se traducen en algo concreto: ferrocarriles, policlínicos, laboratorios. Como el héroe de Dickens queremos hechos y hechos que hagan más comfortable la vida de los sentidos”.⁽⁸⁾

(6) *Ibid.*, pág. 800. Es interesante consignar la coincidencia que expone Paul Groussac: “A impulsos de un progreso spenceriano, que es realmente el triunfo de la heterogeneidad, debemos temer que las preocupaciones materiales desalojen gradualmente del alma argentina las puras aspiraciones, sin cuyo imperio toda prosperidad nacional se edifica sobre la arena. Ante el eclipse posible de todo ideal, sería poco alarmarnos por el olvido de nuestras tradiciones: correría peligro la misma nacionalidad. Es tiempo de reaccionar contra la tendencia funesta y si ésta no fuera la hora propicia, sería porque habría pasado ya. Y es, sin embargo, esta hora suprema la que algunos eligen para ensalzar la educación utilitaria que nos ha traído donde estamos, y atajar la cultura clásica, que por sí sola constituye una escuela de patriotismo y de nobleza moral. Cit. en Romero, J. L. *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Bs. As., Ediciones Solar, 1983, pág. 46.

(7) *Ibid.*, 788.

(8) *Ibid.*, pág. 1020.

Nuestro autor, que no se exime de ironías, señalaba la prudencia con que en la vieja Europa se adecuaron los cambios. Aquí, posiblemente por el afán de novedades, se pasó de la era de Urquiza, Mitre, Sarmiento y Avellaneda, al ultramodernismo. Quizá porque, como había anotado con cierta acritud Anatole France, “se cree que el latín fue inventado por los Jesuitas...”.⁽⁹⁾ En esta atmósfera cerril que pintó con mano maestra, el nuevo sistema parecía halagar a los padres de familia: sus hijos no perderían el tiempo con Horacio y Virgilio, ni con las guerras médicas, efusiones todas que nada tenían que ver con los posibles enfermos que aguardaban a un médico, los pleitos en acción, o el intrincarse de los negocios, que no habrían de faltar en el contexto fenicio de una sociedad dispuesta al lucro fácil y audaz.⁽¹⁰⁾

V

El sistema pedagógico imaginado por el 80 —cinco años de estudios prácticos y livianos— a contrapelo de la formación que habían recibido sus protagonistas, pronto se revelaría apto para formar un tipo de hombre que sólo pensaba en sí mismo, incapaz de una conducta que apuntara a objetivos sociales. Advenía “un delicioso egoísta”, un ser que pronto olvidaría a sus maestros y se lanzaría a la caza de posiciones sociales y económicas, mirando “de reojo y con cierta rabia, las posiciones adquiridas que vienen con los años de labor”. Sin reflexionar, va de suyo, “que las horas no se anticipan (...) que la formación de un espíritu no se improvisa, que es obra lenta, de paciencia y trabajo honesto y serio”.

Estamos ante un punto de importancia, porque Juan Agustín García⁽¹¹⁾ expone aquí la coincidencia entre las inclinaciones psicológicas del medio social y el programa pedagógico, que se pretendía progresista, de la generación del 80. Si el “currículum”, tal

(9) *Ibid.*, pág. 971.

(10) *Ibid.*, pág. 971.

(11) *Ibid.*, pág. 972.

lo entendía, llevaba consigo la pretensión de “formar al hombre económico, apto para sí mismo y nada más que para sí mismo”, no era por mero capricho. Esa aspiración la llevaba el niño desde su casa; al entrar en el aula miraba “con cierto desprecio todas aquellas materias que no tienen un vínculo directo y visible con el fin práctico de su vida”. Por eso, “se consideró el ciclo secundario como si fuera de segunda clase, de inferior categoría al profesional de las universidades”. Encuentra aquí su explicación natural esa inversión de los “curricula” que sigue siendo la norma de la formación pedagógica a orillas del Plata: un secundario corto, atiborrado y enciclopédico, que precede a estudios universitarios relativamente extensos, a los que accede una juventud que no sabe pensar, ni siquiera leer. Concluyendo, sin eximirse de su ironía, apunta: obtenido el certificado de estudios secundarios, “padres e hijos se asombran de que alguna facultad les obligue a rendir examen de ingreso”. Y continúa implacable:

“desde el punto de vista intelectual, el sistema que lleva cuarenta años de vida preparó varias generaciones de hombres superficiales, que dan la impresión de un fantoche al que se le pegaron con engrudo letreros científicos: aquí idioma, allá literatura, ciencias, filosofía, arte... y al poco tiempo, por cualquier brisa, los letreros se caen y queda la mancha del almidón”.⁽¹²⁾

Como mostrando que cuando habla de estudios humanísticos no incurre en lugares comunes, interesa de un modo particular su reflexión sobre la gramática. Si la teoría se aparta del hecho, la farma del fondo, y predomina en la escuela un espíritu vulgar, la gramática se convierte en ciencia autónoma y especial, como si llevara su razón de ser dentro de sí misma. Así se explica que se formaran generaciones de jóvenes que sabían la gramática pero ignoraban el idioma. Por si no hubiera bastado, “en virtud de un patriotismo ininteligente y de pulpería, se pervirtió el buen gusto”, intentando igualar a los clásicos con las peores expresiones de la literatura nacional.⁽¹³⁾

(1) *Ibid.*, pág. 975. Los textos anteriores, entre comillas, corresponden a las páginas 973-74.

(13) *Ibid.*, págs. 977-79.

Con el correr del argumento y de las páginas, Juan Agustín García viene a plantear un interrogante esencial: "¿cómo serán los jóvenes de 1960 si se persiste en el mismo régimen?". ¡Vaya pregunta! En ese clima socio-moral, el símbolo del país podía expresarse en Nemrod I, exhibiendo robustos cuadriles, o en Wellington II, bajando el record de la milla. ¿Y el campeón humano? "Naides es más que naides, se le contestará, con una sonrisa de cocodrilo".⁽¹⁴⁾

Para un hombre de su vasta cultura, y ya que estamos en sede pedagógica, Fichte no tardaría en llegar. Sus *Discursos a la nación alemana* le revelan un espíritu y una inquietud. La derrota de Jena, punto de partida para las reflexiones del filósofo, no consistió en una falla de patriotismo; su remoto origen debía buscarse en las limitaciones de la vida moral que comenzaban en la escuela. Por eso, si bien se mira, las conferencias de Fichte —un ejemplo que alegra porque considera que viene al caso— eran, al mismo tiempo, una propuesta pedagógica y un programa de regeneración moral.

A veces lo obvio se torna importante. Especialmente cuando un admirador, casi un discípulo de Alberdi, nos advierte:

"Debemos mirar ese idioma admirable y esa literatura de los Manrique y de Guillén de Castro. Ahí estarían nuestros maestros en el hablar. En resumen iríamos a injertar en el viejo tronco hispánico, para formar una rama autónoma, pero impregnada de ese gusto, de esa riqueza de tonalidades".⁽¹⁵⁾

Y no estaba mal. Ese redescubrimiento de España en el clima histórico, intelectual y moral que derivaba del 80, aunque suponía acoger al mejor Alberdi, implicaba algo más: nos enseñaba que todo hijo, si ha de ser, no puede prescindir de su madre. España, más que ella misma, era la persistencia de un entendimiento cultural, era como el eslabón perdido en la continuidad de la historia, y nuestro hombre nos propone una distinción grávida de conse-

(14) *Ibid.*, pág. 98-8.

(15) *Ibid.*, pág. 992.

cuencias; el positivismo argentino no derivaba de Augusto Comte. Lo que pasó bajo su nombre fue, en realidad el espíritu frío y egoísta, ayuno de toda emoción, que personificaba Spencer. Con el famoso plan de estudios positivista se licenciaban, al mismo tiempo, las raíces clásicas de nuestra cultura y los sentimientos. Por añadidura se predicaba una moral de laboratorio, casi de cartón, con la que se entendía prescindir del cristianismo:

“El Cristo simboliza el espíritu de sacrificio, de abnegación, de solidaridad humana más formidable y heroica. No hay teoría filosófica ni texto de moral pseudocientífica que tenga ese vigor y esa riqueza divinos”.⁽¹⁶⁾

Y agrega:

“Habrá que trabajar mucho. Rehacer desde sus cimientos la instrucción pública. Volver, a imitación de la Europa actual a los estudios clásicos, al trabajo científico y literario que va por encima de los intereses momentáneos. Debemos crear nuestra Filosofía Argentina; que aparezca nuestro ideal propio de la Verdad, de la Justicia y de la Belleza”.⁽¹⁷⁾

Toda la meditación de Juan Agustín García se aplicó a desnudar, con total coherencia, en el plano intelectual, estético, moral y religioso, lo que llamó los “errores de concepto”. De acuerdo con lo que escribe, guiados por Spencer y alguna curiosa teoría acerca de la libertad de conciencia, se suprimió la enseñanza religiosa. La corriente se reforzaba con las experiencias francesas, sin tener en cuenta que en Francia la moral religiosa había sido reemplazada por la ética de Kant. Es decir, no se había creado el vacío de las conciencias. En materia de moral, piensa nuestro autor, es imperativo enseñar alguna, cualquiera fuera su sustento, se apoyara en la religión o la filosofía, preguntándose:

“Si no enseñamos moral religiosa, si la moral científica se trata con ese desparpajo que usamos respecto de todo lo que sea especulación intelectual, ¿qué clase de hombres formarán nuestros colegios?”⁽¹⁸⁾

(16) *Ibid.*, pág. 995.

(17) *Ibid.*, pág. 1021.

(18) *Ibid.*, págs. 1026-27.

Estas reflexiones —en rigor habría que transcribir todos los artículos de *Sobre nuestra incultura*— constituían la expresión orgánica de su crítica al espíritu y consecuencias de la escuela positiva, tal se había manifestado en la Argentina. Con todo, la cosa no termina allí. Se prolongará, a través de su fina ironía, en la argumentación que subyace en sus relatos literarios.

VI

Toda la obra de Juan Agustín García —como es frecuencia en la mayor parte de los polígrafos— resulta de un variado merodeo en torno a un tema esencial. Si no se trata de preocupaciones insustanciales o meramente eruditas, los diversos ángulos de ataque tienden, casi naturalmente, a converger en un terreno común.

En el caso que examinamos, la literatura es un pretexto. Desde los relatos que toman pie en circunstancias de la sociedad colonial o de la época de Rosas, pasando por la dramatización de argumentos en las obras de teatro, hasta llegar a la pintura de situaciones y personajes de la sociedad contemporánea, advertimos que nuestro hombre está haciendo historia o análisis sociológico con procedimientos menos obvios. Este recurso, que le permite un juego más libre —al modo de lo que consideró ajemplar en *La novia del hereje* de Vicente Fidel López— abre paso, no sólo a una más cómoda reconstrucción de ambientes, de personajes que exhiben su sensibilidad e ideas, de una atmósfera mental, sino también la posibilidad de abrir las compuertas de la ironía que viene a poner en ridículo a los exponentes, más o menos caracterizados, de un orden social.

Para lo que aquí interesa, ya que estamos considerando su crítica a los ideales pedagógicos del 80, es documento importante *Cuadros y caracteres snobs*. (Escenas contemporáneas de la vida argentina).

Entre los personajes elegidos para componer el cuadro, se encuentran el ministro Cuerda, el poeta Bases y el médico-psicólogo Garras. Como se ve, los petronímicos tienen su miga.

El ministro, que aparece como hombre de variadas aptitudes, ejecutivas, parlamentarias y sentimentales —aunque en este último rubro no se exima del ridículo— se nos muestra obsesionado, a lo largo de todo el relato, por operar una reforma sustancial en los planes de estudio de los colegios nacionales. Aunque no se aclara en ninguna parte es de suponer, dados sus proyectos —y atenta la época— que su jurisdicción era el viejo ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

Al margen de los avances positivos que animaron las reformas del 80, el ministro no parecía satisfecho. A su entender no se había adelantado lo suficiente: su plan apuntaba al fomento ganadero y agrícola, “las únicas y verdaderas industrias del país!”. Siguiendo el hilo de la narración, el ministro se ve preocupado por el desarrollo de la “cremería”.⁽¹⁹⁾ Llevado por su ímpetu pedagógico, y confiado en la paciencia del auditorio, expone:

- “Mi deseo es transformar los colegios nacionales en institutos prácticos —decía el ministro—. Que se aprenda a fabricar quesos y manteca; sembrar e industrias. Esa es la grandeza de un país.
- “Será entretenida esa futura sociedad que Ud. forma con sus planes —contestó Manón— ¿De qué conversarán esos jóvenes queseros del porvenir? ¿Les interesará el teatro y la ópera? ¿Qué efecto desgraciado harán, ante esos espíritus, las mujeres de este tiempo, que lloran con Wagner!
- “Lo esencial —repetía el ministro— es eso: educar las manos. Lo demás es perder el tiempo y hablar de tonteras.
- “Así, Ud. cree que el tema del amor, por ejemplo, es tontera; que la poesía y el arte, ese mundo al que aspiran las almas de los civilizados, es un haz de pamplinas?”⁽²⁰⁾

Elegido como ejemplo de una mentalidad, con la pretensión además de exponer criterios de gobierno, el doctor Cuerda no cesaría. No sólo el vigor del país, su salud, estaban en el queso y la manteca, en los derivados de la cremería; sus conceptos encontra-

(19) *Ibid.*, págs. 1078-84; 1104-17-18.

(20) *Ibid.*, pág. 1069.

ban apoyo en el ejemplo del Norte. Sin Emerson, Longfellow, Fenimore Cooper y William James, sin el alma de Lincoln, Estados Unidos aparecía en sus referencias como una tierra consagrada a los altos hornos, a los automóviles Ford y las chacras del cinematógrafo. No es todo. Quizá animado por el cenáculo culto que le acogía, Cuerva no desdeñaba instalarse en sede estética. ¿Por qué habría de omitir el asedio a una filosofía del arte? Por eso explicaba, quizá pensando en la infinita soledad de la pampa, que la llanura no es pintoresca, que conspira contra todo posible sentir idealista. De ahí la ausencia —corolario lógico de su pensamiento— de poetas, pintores y músicos. En este ámbito, especialmente, “todo obedece a la física”.⁽²¹⁾ Por eso la literatura y el arte sólo eran “macaneo” en estos países jóvenes. La llanura se oponía al arte. Lo bello era hijo de las montañas, de los accidentes de la naturaleza que inspiran a los poetas. El monopolio de los sonetos vendría de la Quiaca, o de las provincias andinas, “de los riachos cristalinos que cantan entre las piedras”.⁽²²⁾

El credo del ministro, de algún modo vinculado a la época, y a la función política que parece representar, se resumía en el

“régimen del voto, como fin del hombre y la Constitución como creadora de orden. Los llamados problemas religiosos, morales y sociales, no entran en el cuadro jurídico, sino al pasar, y a modo de dogma, y por lo tanto no existen”.⁽²³⁾

Todo esto, con una síntesis de su singular doctrina, se reflejaba en el discurso —seguramente una intervención parlamentaria— del que no quiso privar a sus amigos, como para enfervorizar a la tertulia:

“instituciones universitarias autónomas y poliformes que, dando una instrucción científica, abran los espíritus de los jóvenes para que se expliquen todas las cosas: los fenómenos de la naturaleza, los fenómenos sociales, los fenómenos políticos, con un criterio positivista... Nada escapa a la acción

(21) *Ibid.*, pág. 1078.

(22) *Ibid.*, pág. 1109.

(23) *Ibid.*, pág. 1133.

básica científica en la vida contemporánea. La razón, que ilustramos en las aulas, concluirá con las supersticiones..."⁽²⁴⁾

Como ven —comentaba el ministro— allí lo digo todo. Como quien pregunta lo que no debe, el poeta Bases inquirió: "¿y qué hacemos con Dios?". Ante esta salida de tono, el ministro sonrió, casi con misericordia, porque "en esta época científica, no era bien hablar de Dios". Por eso no vaciló: habría de suprimirse la religión como una exigencia de la política moderna. Sus huéspedes le hicieron coro: acordaron suprimir a Dios y establecer el divorcio. Era una decisión urgente, porque había que detener el avance de la minoría socialista...

Uno de sus interlocutores, el conde Zevik, un noble balcánico, le apuntó que todo eso podía concluir en bolcheviquismo; pero el ministro no se arredró: "si el momento político lo exige seré bolchevique". Por lo que sigue, el ministro estaba dispuesto a cualquier cosa:

"ocho horas, diez horas, seis horas de trabajo!... Muy bien... elijan... no habrá inconveniente... Separación de la Iglesia y el Estado! ...de acuerdo... Régimen teocrático!... Muy bueno!... Soviet universitario... admirable!"⁽²⁵⁾

En nuestros días, con la perspectiva que da el tiempo, ¿a quién se le ocurriría pensar que Juan Agustín García estaba imaginando, que sus personajes eran de ficción? Más allá del pintoresquismo de algunos cuadros, de la supuesta e imaginada atmósfera de los salones de la segunda década del siglo, los actores son reales; y lo son en la medida en que sus argumentos reflejan las ideas del momento. En vísperas de la gestión de Coriolano Alberini, que desalojaría al positivismo de la Facultad de Filosofía y Letras. Aunque, claro está, en general, esa Casa de Estudios no pudo contra el espíritu que predominaba en la educación argentina.

(24) *Ibid.*, pág. 1132.

(25) *Ibid.*, págs. 1132-33.

VII

Otro personaje no menos significativo, testimonio él también de lo que entendía denunciar nuestro autor, era el médico-psicólogo Garras. Frente a las observaciones de la señorita Le Blanc —que de algún modo exponían las aspiraciones del espíritu, calificadas de “macanas” por el médico materialista Garras explicaba que

“todo es materia, célula, nervios, fisiología! El cantado amor una tensión arterial, un número de pulsaciones, una congestión de la médula y el cerebro... La moral es la higiene, y no otra cosa; una regla de conducta para preservar la salud, y como base ideológica un egoísmo perfecto, de trazado impecable. El papel de las Universidades era el de enseñar a ganar dinero en las diversas profesiones, y faltaba en todos los planes de estudio un curso final y sintético, a dictarse por un profesor viejo: de la manera de hacer clientela”.

Demás está decir que Garras no creía en la inteligencia.

“El alma es un haz de instintos; los instintos perciben, gobiernan, constituyen el eje de la vida. El espíritu es como los cascabeles del payaso, cosa de ruido y distracción; lo serio, lo profundo, es el instinto y el músculo, los legítimos directores de nuestra conducta”.

Para todo tenía respuesta. Si se le preguntaba por la belleza, diría que “es una ilusión de los sentidos, es la antítesis de la verdad”. Un microscopio aplicado al cutis terso y aterciopelado de la señorita Le Blanc revelaría fealdades increíbles: la belleza no resiste a las verificaciones de la fisiología.⁽²⁶⁾

Según entiende Juan Agustín García, en esa atmósfera el poeta cubista Bases, discípulo de Bergson, poco podía modificar; aunque quizá sí la escala de valores del ministro. Junto con el conde Zevik, el poeta había influido para que Cuerda admitiera que el derecho público era algo artificial y falso; incluso podía olvidar su obsesión acerca de la crema, la agricultura y la ganadería. Sin

(26) *Ibid.*, págs. 1100-101.

que lo advirtiera demasiado, el mundo de las señoritas Le Blanc, Ni-Ni, Be-Bé, comenzaba a disipar sus viejas creencias, el mundo de fantasmas políticos al que había rendido culto.⁽²⁷⁾

A poco que se observe el poeta Bases traduce el pensar y el sentir de Juan Agustín García, es la contraparte de la comedia en la que pugnan la herencia del 80 y la tradición apoyada en la cultura y los sentimientos. Así, “en la manera de plegar un pañuelo o atar una corbata, suele revelarse un alma”.⁽²⁸⁾ En la línea del argumento, el síntoma más claro que el ministro se estaba convirtiendo al espíritu es que había aprendido a reír. Quizá porque “las transformaciones de las almas son la obra lenta de una idea y del tiempo”⁽²⁹⁾; quizá, porque “un poco de psicología nos lleva a un juicio benévolo y algo risueño”.⁽³⁰⁾ Y no cabe ya proseguir.

VIII

En la reflexión que emana de la experiencia pedagógica, en el ensayo tendido sobre lo que sugiere la sociedad contemporánea, o sobre la trama que facilita el relato literario, nuestro autor se revela coincidente. A través de la corta o la larga duración, analiza el sedimento del pasado argentino que converge en el 80. Agudamente, no le concede al 80 ni más ni menos de lo que merece. Por un lado, lo muestra desarrollando un programa pedagógico que acompaña las íntimas tendencias del ser social forjado en la sociedad criolla; por el otro, indica sus límites en cuanto restricta y prejuiciada acogida de experiencias extrañas. En síntesis, nos indica que estar a la moda puede no ser el mejor camino. El extrañamiento de las viejas virtudes del alma argentina —a pesar y al margen de las objeciones formuladas— podría ser el mayor cargo que hace a los ideales pedagógicos del 80. Y es suficientemente claro:

(27) *Ibid.*, pág. 1117.

(28) *Ibid.*, pág. 1119.

(29) *Ibid.*, pág. 1120.

(30) *Ibid.*, pág. 1148.

“Una línea de hombres políticos había dejado en el alma argentina la impresión sería de un contraste de incompatibilidad entre el espíritu y la práctica: era el arma usada por los mediocres para alejar de la acción pública a determinados hombres de talento. Así ocurrió con Miguel Cané y Lucio V. López...”.⁽³¹⁾

¿Qué podríamos agregar los que hicimos la experiencia de los últimos cincuenta años? En rigor, su pensamiento que se traduce en textos claros, no exentos de una fina cuanto acre ironía, se anticipó de un modo casi irritante a toda consideración posterior. Y podemos ilustrar:

“¿Cómo serán los jóvenes de 1960 si se persiste en el mismo régimen? Nuestro admirable idioma castellano se habrá convertido en un dialecto malevo, pintoresco, cínico y brutal. Toda la tradición clásica y cristiana, los deliciosos episodios bíblicos, la epopeya homérica, Salamina, Platea, Maratón; todo eso yacerá en los últimos estantes de alguna biblioteca pública. Nos habremos desarraigado por completo, realizando sin saberlo el ideal de la lectura bolchevique”.⁽³²⁾

Por si faltara algo nos sugiere que, por esencia, la cultura no es democrática, supone la desigualdad intelectual desde la base; es decir, desde la clase de maestros y discípulos. Esto, anota, no se cuestiona en los países que encabezan la aplicación del régimen democrático. Entre nosotros, esas innovaciones, que en la vieja Europa tenían carácter experimental, calaron hondo porque en estos lares la democracia es rígida, se traduce en el “naides es más que naides”, que viene “desde el fondo de la Pampa y desde los años lejanos”.⁽³³⁾

Este orgullo cerril —y Juan Agustín García bosquejó, entre tantas otras, una posible historia del orgullo argentino— es el que contribuyó a exacerbar esas experiencias que en Europa eran epidérmicas y aquí se pretendieron definitivas. En última instancia faltó, quizá aún falta, el sentido del matiz. De ahí la contun-

(31) *Ibid.*, pág. 1104.

(32) *Ibid.*, pág. 988.

(33) *Ibid.*, pág. 988.

dencia, que a veces se torna grosería, de nuestras convicciones. Al margen de todo esto, sin embargo, se da un aire profético que deseamos subrayar. Escribiendo a principios de la década del 20 de nuestro siglo, Juan Agustín García proyecta su observación a cuarenta años después, situándose en nuestra estricta contemporaneidad. Tendremos que decir, todos los que podemos exhibir el privilegio del doble recorrido por las aulas, que su premonición contenía precisiones radiográficas?

Pensaba en los jóvenes del 60, y fuimos testigos; porque justamente en esa década comenzaron los desquicios del 70, con sus dolorosas consecuencias. Ese bachillerato programado para promover una formación científica de acuerdo con las exigencias del día, terminó por ahogar la ciencia, destruyendo al mismo tiempo la posibilidad de cultura, de reflexión, la existencia misma de un pensamiento constructivo. La improvisación audaz, la enciclopedia de conceptos vagos y superficiales, sólo consiguió su equivalente: espíritus sin profundidad, junto con la pedantería de un saber apoyado en datos que se desvanecían al día siguiente, sin dejar rastros; aún más, disponiendo a esos cerebros inermes para que fueran botín de cualquier ideología.

Más allá de todo lo dicho, esa alusión a los jóvenes del 60 explicaría y justificaría la totalidad de su crítica al positivismo del 80.

